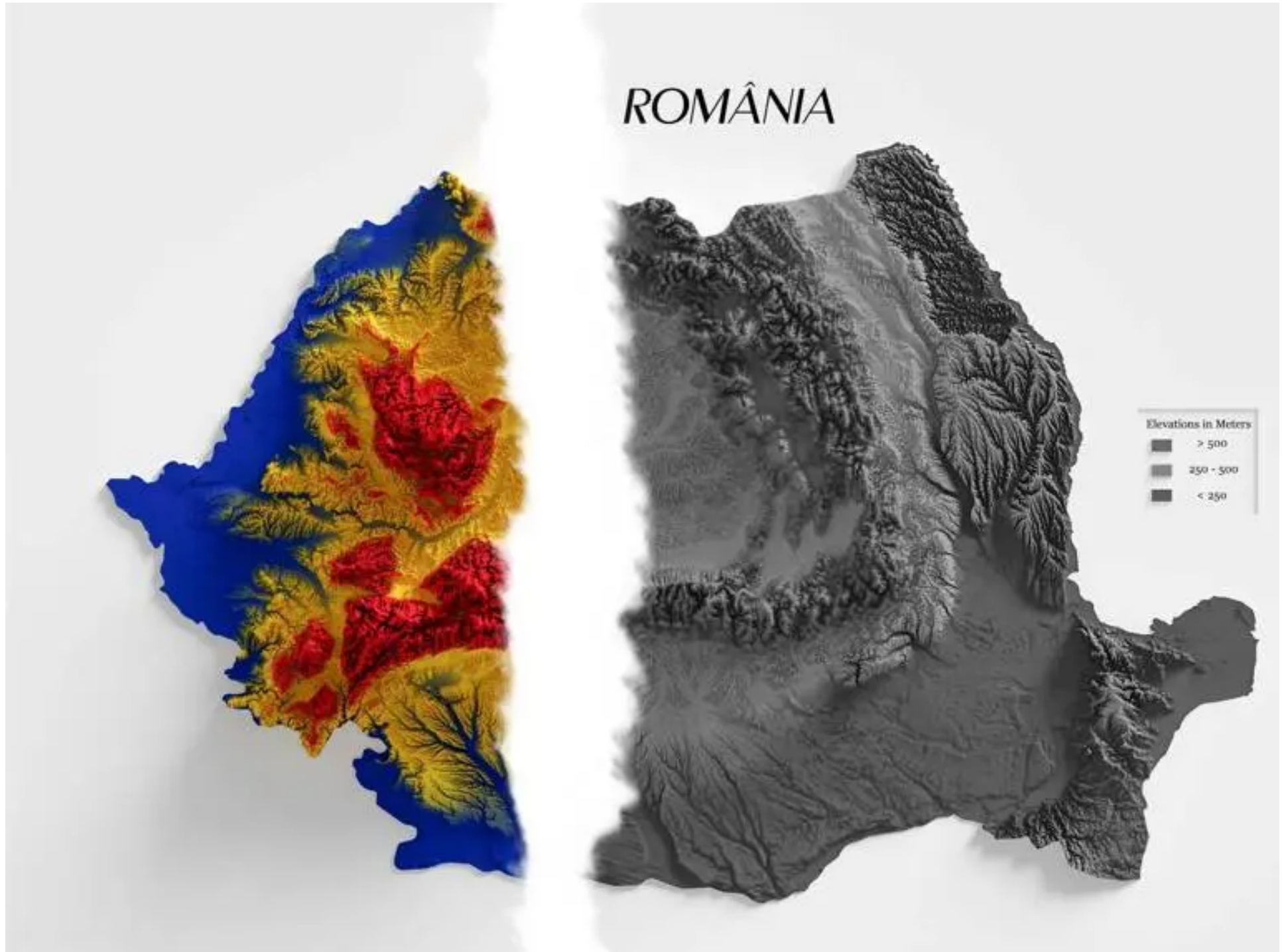


Rumanía

Rumania fracturada

La democracia rumana está siguiendo la misma senda de implementación de políticas ultraliberales y probélicas manufacturadas en Bruselas y alentadas desde Washington



**Costi Rogozanu** X

08/02/25 | 6:00

PUBLICIDAD



RENUEVA TU CASA
**Suelos cerámicos,
vinílicos y laminados
para dar a tu casa un
toque único**

Se suponía que las elecciones presidenciales rumanas celebradas el 24 de noviembre de 2024 serían un asunto predecible. Marcel Ciolacu, el primer ministro en el cargo y líder del Partido Socialdemócrata (PSD), ganaría previsiblemente por un amplio margen la cita electoral y mantendría al país en su senda actual, presidiendo un gobierno situado en el centro político, orientado hacia

Occidente y favorable al mercado. La única incertidumbre era la identidad del segundo clasificado, en cuya liza competían varios candidatos para optar a tal puesto: Nicolae Ciucă, del conservador Partido Nacional Liberal (PNL), George Simion, de la reaccionaria Alianza para la Unión de los Rumanos (AUR), Elena Lasconi, de la ultraliberal Unión Salvar Rumanía (USR), y el antiguo vicesecretario general de la OTAN, Mircea Geoană. Pero algo extraño sucedió en las dos semanas previas a la primera vuelta de estas elecciones. Un independiente de extrema derecha, poco conocido a escala nacional, que acreditaba menos del 1 por 100 en las encuestas, disfrutó de un repentino aumento de popularidad y se antojó capaz de superar a sus rivales.

Călin Georgescu es un antiguo diplomático y político de la AUR, que fue expulsado del partido por apoyar a los legionarios de la Guardia de Hierro, el movimiento fascista activo en Rumanía durante el periodo de entreguerras, a quienes describió como «héroes». Desde entonces se ha reinventado como un prolífico *youtuber* y *tiktoker*, que envía profusamente transmisiones en vivo desde su sala de estar en las que él y su esposa predicán una combinación de sabiduría *New Age* y nacionalismo de línea dura. Sus discursos de

campaña a menudo eran plagiados de producciones de Hollywood como *The Newsroom* y *El señor de los anillos*. Entre sus políticas se contaban el logro de la autosuficiencia en la producción agrícola y energética, la prohibición de la educación sexual en las escuelas, la defensa del cristianismo frente al «multiculturalismo», el fortalecimiento de los lazos con Israel y, quizá lo más importante, el impulso de la paz en Ucrania.

El día de las elecciones, el apoyo a Georgescu era del 10 por 100 y seguía subiendo. La clase política respiró aliviada con las primeras encuestas a pie de urna, que mostraban a Ciolacu en primer lugar y a Lasconi en segundo. Pero a medida que avanzaba la noche, cuando el recuento llegaba a su fin, los resultados cambiaron drásticamente: Ciolacu había caído al tercer puesto, haciéndose con el 19,1 por 100 de los votos, resultado que le colocaba por detrás de Lasconi, que había cosechado el 19,2 por 100, y de Georgescu, que se había hecho con casi el 23 por 100, lo cual significaba que los dos últimos estaban destinados a pasar a la definitiva segunda vuelta. A la mañana siguiente, las búsquedas más frecuentes en Google del país fueron «¿Quién es Călin Georgescu?» y «¿Qué significa legionario de la Guardia de Hierro?». Mientras los rumanos

intentaban familiarizarse con su posible presidente, empezaron a circular en Internet algunas de sus declaraciones más pintorescas: que la lengua rumana era el origen del latín; que Rumanía debía esforzarse por dominar la industria equina mundial; que la ciencia médica es inútil, porque solo Cristo puede curarnos; que la nanotecnología se introduce en los alimentos para manipular a las personas, etcétera.

El Tribunal Constitucional de Rumanía trató inmediatamente de poner en duda la victoria de Georgescu. Ya había rechazado la candidatura de Diana Șoșoacă, otra candidata escindida de la AUR, que había obtenido más del 5 por 100 de las preferencias en las encuestas, alegando que sus posiciones contrarias a la Unión Europea y a la OTAN eran inconstitucionales. Tras la primera vuelta, el Tribunal Constitucional tomó la controvertida decisión de ordenar un nuevo recuento de los votos, alegando posibles irregularidades. Al no encontrarse ninguna, el Tribunal se vio obligado a certificar los resultados. Sin embargo, el 28 de noviembre, el presidente en ejercicio Klaus Iohannis convocó al organismo de seguridad nacional CSAT, que incluye a los jefes del ejército y de las agencias de inteligencia, y anunció

que se habían descubierto documentos que ponían en duda la legalidad de las elecciones. Cuando los hizo públicos unos días después, de los mismos se desprendía que diversas individuos y empresas rumanas habían proporcionado financiación ilegal a la campaña de Georgescu. Aunque no existía un vínculo claro con Rusia, los medios de comunicación amplificaron las sospechas de que Moscú estaba involucrado, los cuales recibieron la ayuda del Departamento de Estado estadounidense, que expresó su «preocupación» por las acusaciones.

¿Cómo consiguió Georgescu hacerse con 2,1 millones de votos? Está claro que no fue solo gracias a TikTok. Tal vez su postura disidente sobre Ucrania fue un factor más decisivo

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora

Un escándalo prácticamente idéntico se había producido recientemente en Moldavia, donde los partidos prooccidentales alegaron que la propaganda rusa había influido en las elecciones presidenciales celebradas el 24 de octubre de 2024, impulsando la candidatura populista independiente de Alexandr Stoianoglo, que desafiaba a la centrista Maia Sandu, la presidenta en el cargo. Esta misma narrativa se repitió en Rumanía alegando todavía menos pruebas. Por lo que sabemos hasta ahora, parece que Georgescu sí eludió las leyes electorales al gastar cientos de miles de euros en una campaña de última hora en TikTok para lo cual pagó a un centenar de *influencers* rumanos de alto perfil para que promocionaran su candidatura para que inundarán la plataforma de vídeos, violando así las normas que prohíben toda propaganda política durante el día anterior de la celebración de las elecciones. Pero no afluó prueba fehaciente alguna, que sugiriera que este hubiera sido el factor determinante del resultado electoral final. De hecho, las

sumas manejadas por Georgescu eran insignificantes en comparación con las decenas de millones gastadas en concepto de publicidad en los medios de comunicación predominantes por los principales partidos rumanos durante el periodo electoral, financiadas gracias a su acceso a los subsidios estatales. Las investigaciones en curso tampoco han encontrado ningún signo claro de interferencia rusa, aunque esto no impidió que un grupo de senadores estadounidenses denunciara «la manipulación de TikTok, controlado por el Partido Comunista Chino, por parte de Vladimir Putin para socavar el proceso democrático de Rumanía».

El pasado 6 de diciembre, con la segunda vuelta de las elecciones ya en marcha entre la diáspora rumana, cuyo inicio en Rumanía estaba programado para que comenzara en menos de 48 horas, el Tribunal Constitucional anunció que las elecciones del 24 de noviembre habían sido anuladas. Los votantes de Georgescu denunciaron lo que llamaron un «golpe de Estado» e inundaron las calles en señal de protesta. Mientras tanto, la policía detuvo a sus presuntos socios entre los grupos neofascistas rumanos y allanó propiedades vinculadas a Bogdan Peschir, un inversor en criptomonedas de 36 años que, de acuerdo con las informaciones disponibles,

había donado 381.000 dólares a la campaña de TikTok organizada por Georgescu. El gobierno tardó seis semanas en fijar una fecha para la celebración de las nuevas elecciones, que finalmente se convocaron para el próximo 4 de mayo. Aunque Georgescu sigue siendo el candidato más popular, es muy probable que no se le permita presentarse, si el Estado encuentra una razón lo suficientemente sólida para inhabilitarlo.

¿Cómo consiguió Georgescu hacerse con 2,1 millones de votos? Está claro que no fue solo gracias a TikTok. Tal vez su postura disidente sobre Ucrania fue un factor más decisivo. Todos los demás candidatos o bien ignoraron la guerra o prometieron intensificarla incrementando su participación en la OTAN, que ahora planea utilizar Rumanía como sede de su mayor base militar. Incluso el nacionalista de extrema derecha Simion, que se presentaba con un programa ostensiblemente euroescéptico, se sumó plenamente a este consenso belicista, presentándose como una figura cortada por el patrón de Meloni con quien los partidos centristas podrían establecer relaciones y concebir planes conjuntos. El apoyo de Georgescu a una solución diplomática, por el contrario, atrajo a los votantes preocupados por las

consecuencias económicas del conflicto y partidarios de establecer relaciones más pragmáticas con Rusia. Mientras sus rivales lo tildaban de títere del Kremlin, Georgescu consolidó rápidamente su reputación de político independiente.

A lo largo de este período, el clima ideológico de Rumanía ha estado realmente enrarecido. Las modestas propuestas socialdemócratas del PSD, consistentes en la aprobación de salarios más altos o en el incremento de la inversión pública, se han presentado inevitablemente como intentos de restaurar el sistema comunista

Sin embargo, los contornos del debate sobre Ucrania estaban determinados por la particular posición económica de Rumanía, atrapada entre Oriente y Occidente. Tras la caída del comunismo, las dos principales agrupaciones políticas del

país habían estado constituidas por una caterva de partidos de derecha con el PNL a la cabeza y por el PSD, partido supuestamente de centroizquierda, los cuales se habían alternado en el poder durante las décadas siguientes, cada uno de ellos liderando diversas coaliciones amplias e inestables, que presidieron una serie de reformas neoliberales devastadoras: venta de activos estatales, cierre de industrias nacionales, reducción de programas de bienestar y enmienda de la Constitución rumana para permitir la adhesión a la UE. El único desacuerdo real entre los dos bloques giró en torno al ritmo de la mercantilización, respecto al cual la derecha favoreció un modelo de terapia de choque más rápido.

En 2021, sin embargo, los partidos del gobierno liderado por el PNL se enfrentaron agriamente por un programa de inversión pública, cuyo objetivo era supuestamente la modernización de las zonas rurales, pero que los socios menores de la coalición consideraron propenso a la corrupción. Cuando el primer ministro Florin Cîțu ignoró sus resquemores, presentaron una moción de censura que derrocó al gobierno. A raíz de ello, el PNL y el PSD negociaron un compromiso histórico, formando una gran coalición para preservar su poder y apoyar la presidencia centrista de Iohannis. En ese momento, el eje

político dejó de estar organizado en torno al eje izquierda y derecha para constituirse en torno a la posición favorable o contraria a la Unión Europea. El «europeísmo» se convirtió en la principal ideología de los partidos del *establishment*, mientras que la extrema derecha afirmaba representar una alternativa «soberanista».

A lo largo de este período, el clima ideológico de Rumanía ha estado realmente enrarecido. Las modestas propuestas socialdemócratas del PSD, consistentes en la aprobación de salarios más altos o en el incremento de la inversión pública, se han presentado inevitablemente como intentos de restaurar el sistema comunista. Los opositores del PSD lo han acusado durante mucho tiempo de ser una organización criptosocialista, que quería traer de vuelta «la plaga roja». Para la juventud urbana actual, el Estado ha dejado de existir como algo más que una conspiración maligna. Las pensiones y las ayudas a la vivienda de la era de Ceaușescu son un recuerdo lejano y ya no se espera que el gobierno proporcione una red de seguridad social. En este vacío, el ultracapitalismo ha ganado adeptos entre empresarios y asalariados por igual, que han llegado a ver la «corrupción estatal» como su principal enemigo. Cuando el gobierno intentó imponer un modesto

impuesto a los bancos en 2017, por ejemplo, diversos estratos sociales organizaron una serie de protestas, que le obligaron a dar marcha atrás. Esta dinámica ha convertido a Rumanía en un cuasi paraíso fiscal, donde el Estado funciona como poco más que un servicio de bienestar para las grandes empresas. Su modelo económico se basa en atraer inversión extranjera en sectores de cuello blanco, a menudo en detrimento de las



Diario Red

[Apoyar](#)

[Editorial](#) [Actualidad](#) [Medios](#) [América Latina](#) [Internacional](#) [Opinión](#) [Viñetas](#) [Cultura](#) [Deporte](#) [Memoria](#) [Canal Red](#)

Todo esto se suma a una poderosa coalición interclasista, que quiere «liberar» al capital rumano de las presiones del capital extranjero y que rechaza el incesante belicismo del establishment. Al fin y al cabo, estas dos cuestiones se hallan estrechamente interrelacionadas

Durante la crisis de la Covid-19, la extrema derecha rumana, cuyos tres polos son el Partido Nacional Liberal (PNL), la

Alianza de los Héroes y los Libertadores (AUR) y el aún más radical Unión para Salvar Rumanía (USR), hizo un llamamiento eficaz a estas empresas, presentándose como defensores del capital nacional frente a la élite globalista. En los últimos cinco años, han utilizado el manual estándar del populismo de derecha (nacionalismo, conspiracionismo, conservadurismo) para construir una base sólida en el sector turístico, los sectores implicados en la explotación de recursos naturales y los pequeños y medianos comerciantes, junto con la policía, el ejército y los servicios de inteligencia. Estos últimos están muy militarizados en Rumanía y cuentan con un presupuesto mucho mayor que en Estados equivalentes de la UE, así como con amplias conexiones comerciales, lo que los convierte en un actor político importante. La Iglesia Ortodoxa Rumana también ha visto cómo gran parte de sus miembros gravitan hacia la extrema derecha, hasta ahora con la aceptación tácita de su jerarquía.

El soberanismo rumano también ha extraído fuerzas de la diáspora. De una población total de 19 millones de habitantes, aproximadamente 4 millones de rumanos han abandonado el país en busca de trabajo en el exterior, mientras que 1 millón acepta regularmente trabajos temporales en diversos países

extranjeros. De los 820.000 electores que votaron en el extranjero en las elecciones presidenciales del pasado mes de noviembre, más de la mitad apoyaron a Georgescu, cifra suficiente para asegurar su victoria. Sus razones para respaldar a la extrema derecha son diversas. Son hostiles a las nuevas oleadas de migrantes a los que acusan de «robar» sus puestos de trabajo, especialmente en Italia, España y Alemania; consideran que la Unión Europea es responsable de sus malas condiciones laborales; y están deseosos de vengarse de los partidos tradicionales, cuya mala gestión los ha exiliado de su país de origen. Muchos de ellos también se encuentran en posiciones relativamente cómodas en el extranjero, obteniendo ingresos estables que no podrían conseguir en Rumanía, lo cual reduce el interés de un voto de protesta.

Todo esto se suma a una poderosa coalición interclasista, que quiere «liberar» al capital rumano de las presiones del capital extranjero y que rechaza el incesante belicismo del *establishment*. Al fin y al cabo, estas dos cuestiones se hallan estrechamente interrelacionadas. La decisión de los europeístas de desregular el mercado energético rumano contribuyó a exacerbar la espiral inflacionista que siguió a la invasión rusa de Ucrania, mientras que el desvío de las

exportaciones ucranianas a través del mercado rumano verificada desde 2022 ha erosionado los precios de los productores nacionales. Dada la negativa del PNL y del PSD a abordar tales problemas, el mensaje de Georgescu de autonomía económica y una diplomacia exterior independiente ha calado en el electorado. Descartar su éxito como resultado de la intromisión «putinista» es ignorar sus bases materiales.

Bajo estas fracturas, sin embargo, toda la escena política rumana sigue comprometida con la existencia de un «Estado mínimo», cuya función principal es transferir la riqueza de la clase trabajadora a las empresas y los servicios de seguridad

Lo que estamos presenciando en Rumanía, entonces, es un conflicto entre diferentes fracciones del capital (extranjero y nacional, grande y pequeño), que tiende a manifestarse a través de cuestiones «culturales»: derechos LGBT, «influencia rusa», etcétera. Ello también se corresponde con una división

demográfica entre jubilados, que generalmente apoyan a los partidos tradicionales, y jóvenes, que se sienten seducidos por los soberanistas. Por ahora, los primeros aún conservan la ventaja legislativa. Cuando se celebraron las elecciones parlamentarias el 1 de diciembre del pasado año, el PSD quedó en primer lugar, obteniendo el 22 por 100 de los votos y situándose por delante de la AUR y del PNL, que se hicieron respectivamente con el 18 y el 13 por 100 de los sufragios. La USR y SOS Rumanía quedaron en cuarto y quinto lugar consiguiendo el 12 y el 7 por 100 de los consensos respectivamente. En general, los europeístas controlan más del 50 por 100 de los escaños parlamentarios, mientras que la extrema derecha tiene alrededor del 30 por 100, aunque el primer grupo está en un estado de declive constante, mientras que el segundo sigue aumentando. Por ahora, el PSD y el PNL han logrado formar otra frágil coalición de gobierno, reeligiendo a Ciolacu como primer ministro, y planean presentar un único candidato para contrarrestar a la extrema derecha en las próximas elecciones presidenciales de mayo. Mientras tanto, la extrema derecha espera que la presidencia de Trump debilite a la Unión Europea y a sus aliados nacionales.

Bajo estas fracturas, sin embargo, toda la escena política rumana sigue comprometida con la existencia de un «Estado mínimo», cuya función principal es transferir la riqueza de la clase trabajadora a las empresas y los servicios de seguridad. En sus respectivas campañas para concurrir a las elecciones presidenciales de 2024, los cuatro principales candidatos presidenciales (Georgescu, Ciolacu, Lasconi y Simion) hicieron hincapié en el heroísmo de los empresarios, pero no dijeron nada sobre sus empleados. Mientras esto siga así, la frustración popular seguirá latente y políticos como Georgescu seguirán aprovechándose de ella. Al intentar reprimir este descontento a través de los tribunales y la policía, los europeístas se arriesgan a destruir la poca legitimidad de la que todavía disfrutan.

Recomendamos leer Alexander Clapp, «[Rumanía rediviva](#)» *NLR* 138; y Tom Hazeldine, «[El Nuevo Laborismo al timón](#)», *NLR* 148. Matteo Tiratelli y Ali Helwith, «[Austeridad neolaborista: Starmer, el Estado y los mercados](#)», Nathan Sperber, «[La crisis francesa: ¿orgánica o estructural?](#)», Tim Barker, «[Desalineamiento de clase en Estados Unidos](#)», Anton Jägger, «[¿Unanimidad nacional belga?](#)», Gavin Rae, «[¿Tusk contra el populismo polaco de extrema derecha?](#)», *Diario Red*.

Este texto se ha publicado en la [Sidecar](#), el blog de la [New Left Review](#), publicada en Madrid por el Instituto Republica & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños.



ETIQUETAS: neoliberalismo, belicismo, Bruselas, Estados Unidos, Rumanía

Más en Armas para pensar



«Clean out that whole thing»: Gaza no es una «cosa», señor presidente



La propiedad abierta y sus enemigos: suicidios excelentes en Silicon Valley



Las salvajadas israelíes en el Líbano



El fuego y la chispa: sobre las Big Tech y las leyes del capitalismo



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

QUIÉNES SOMOS LEGAL POLÍTICA DE COOKIES POLÍTICA DE PRIVACIDAD

Diario Red